

Nuevos retos a la Historia Social del Caribe¹

Fernando Picó²

Siempre habrá quien haga remontar la Historia Social caribeña hasta las épocas más remotas, probando, con mucha elocuencia y no poco alarde de erudición, que en el areíto indígena y las crónicas de fray Ramón Pané, Gonzalo Fernández de Oviedo y fray Bartolomé de las Casas hay elementos de Historia Social. No es mi afán enredarme en fatigosas e irrelevantes discusiones sobre los precursores de nuestra Historia Social caribeña, ni en adjudicar méritos ni penalizar póstumamente a quienes desde tempranos siglos hayan incursionado en la Etnografía insular. Pero no es lo mismo recoger retazos anecdóticos o ejemplares de prácticas sociales observadas o testimoniadas, que dedicarse al empeño profesional de sistemáticamente analizar el desarrollo de las sociedades, indagando sobre la estructura de las economías, las jerarquías sociales impuestas o practicadas rutinariamente, los conflictos, las solidaridades, las rupturas y las continuidades, los valores, los mitos y las renuencias comunes de personas que comparten los espacios insulares.

1. Conferencia pronunciada en el salón de actos de la Academia Dominicana de la Historia, la noche del 14 de agosto de 2006.
2. Historiador y profesor de la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras.



Como en todos los casos en que se aborda el desarrollo profesional de la disciplina histórica, hay que llegar a tiempos relativamente recientes para poder distinguir entre el curioso aficionado, el polemista anticuario, el filósofo o moralista interesado y el historiador profesional. En todo el Caribe mucha gente escribió Historia Social en el siglo XIX y la primera mitad del XX, pero hubo muy pocos historiadores de formación académica y desempeño ajeno a los intereses partidistas o sectarios el momento. Se hacía historia para promover agendas políticas o moralizadoras, para obtener o detener reformas, para acendrar el sentido de identidad común, y en cada caso, sin entrar en consideraciones del mérito literario y las cualidades morales de los escritores, las costuras y remiendos de esas historias de ocasión han reventado. Hay que esperar a Orlando Patterson, Douglas Hall y Elsa Gouveia en Jamaica, Fernando Ortíz y Manuel Moreno Friginals en Cuba, Carlos Deive en Santo Domingo, Luis Manuel Díaz Soler en Puerto Rico o C.R.L. James y Eric Williams en Trinidad para poder entrar en consideración de una Historia Social académica. No estoy diciendo que estos eminentes historiadores hayan estado libres de ideologías —el que esté libre de ideología que tire la primera piedra— sino que su afán principal era entender y explicar el desarrollo de estructuras y mentalidades sociales a la luz de su instrumental teórico.

En las últimas décadas del siglo XX el ejemplo de estos historiadores sociales ha dado abundante fruto en todo el Caribe, como podemos observar por las numerosas publicaciones en el Caribe anglófono de: Woodville Marshall; Hilary Beckles; Verene Shepherd; Patricia Mohammad; Barry Higman; Franklin Knight; y muchos otros. En Cuba: Oscar Zanetti; Alejandro García; Fe Iglesias; y tantos otros. En la República



Dominicana: Roberto Cassá; Walter Cordero; Orlando Inoa; Frank Moya Pons; y muchos otros más. En Haití: Michel Trouillot. En Guadalupe: Alain Bufón. En Martinica: Alain Yacou. En Puerto Rico: Blanca Silvestrini; Andrés Ramos Mattei; Gervasio García; Juan José Baldrich; Ángel Quintero Rivera; y muchos otros más.

Obviamente me he limitado a mencionar estudiosos que principalmente han practicado la Historia Social y Económica. Como veremos, la línea entre esta rama de la Historia y la Historia Cultural, Política e Institucional que tradicionalmente se practicaba es cada vez más finita, y uno de los retos que hoy se encara es precisamente que el historiador social puro está cada vez más aislado de los desarrollos en general de la disciplina.

Crisis de los modelos tradicionales de Historia Social

¿Qué ha pasado para que los historiadores sociales, después de décadas de prestigio y popularidad, se encuentren hoy a la defensiva? Por un lado, las grandes escuelas historiográficas entraron en crisis en las últimas décadas del siglo XX. El paradigma historiográfico marxista no pudo sostener el embate de las críticas a sus modelos explicativos para la Revolución Inglesa del siglo XVII y la Revolución Francesa del siglo XVIII, y más aún no pudo efectivamente desasociarse del desprestigio de la historiografía soviética a partir de la caída del muro de Berlín. Desde 1988 la escuela de los Annales planteó la crisis de las Ciencias Sociales en general y de la Historia en particular a partir de las críticas hechas por Michel Foucault y los deconstruccionistas franceses. La historiografía liberal, que se cantó triunfante con Francis Fukuyama en su libro *The*



End of History pronto se encontró a la defensiva por no tener modelos explicativos para lidiar con el neo-nacionalismo europeo y los fundamentalismos asiáticos.

Pero más que la crisis de una u otra escuela fue la Historia Social misma la que entró bajo cuestionamiento en los debates posmodernos sobre la identidad de las disciplinas académicas, sus metodologías supuestamente objetivas y, sobre todo, el problema de los recursos literarios narrativos que inconscientemente los historiadores, al igual que otros académicos, constantemente usan. ¿Cuál era la verdadera frontera, si alguna, entre Historia y ficción literaria?

El uso de los recursos literarios

Antes los historiadores jóvenes rebuscaban en las librerías los manuales de Economía Política, de Estadísticas, de Demografía Histórica. Ahora los encontramos en los anaqueles de Crítica Literaria, atentos al último giro de la discusión entre los seguidores de Barthes, Foucault, Derrida, Lacan, Kristeva, Genette, y Todorov. ¿Quién narra, desde dónde narra, cuál es su lenguaje figurativo, qué elementos de su discursividad proyectan arquetipos de su inconsciente?

Como a los historiadores de mi generación no se les advirtió de nada de eso en su formación profesional, los críticos posmodernos hicieron festín con sus escritos. Si la Historia quedó por un momento descalificada para participar en los grandes debates de principios del siglo XXI, mucho se debió a la debilidad denunciada en sus textos. El Renacimiento, la Revolución Industrial, el Barroco eran personajes que entraban y salían de las páginas de los historiadores, haciendo o deshaciendo entuertos, consagrando, elevando, creando,



moviendo agendas, como entes independientes de carne y hueso. Metáforas como la Caída del Imperio Romano campeaban a sus anchas, sin admitir más que movimientos lineales y unidireccionales en su entorno.

Más aún, fechas del calendario gregoriano o juliano se volvían árbitros del tránsito, el 12 de octubre de 1492, el 4 de julio de 1776, el 2 de mayo de 1808, sacralizaciones del pasado, dictando cuales estilos, instituciones o mentalidades eran propias de su época, subordinando a sí mismas fechas menores, personajes de reparto, la utilería de actas y pronunciamientos. Pero no fueron los historiadores pomposos y grandilocuentes los que cayeron en mayor desprestigio, sino precisamente aquellos cuyo tono sobrio y mesurado pretendía ocultar el dirigismo de su atención al pasado. La deconstrucción de sus textos permitió observar las sinuosas maneras como se armaban secuencias narrativas bajo la aparente imparcialidad del ordenamiento de los datos.

El asunto de la redacción historiográfica no se reduce a tener conciencia de las implicaciones que conlleva el uso de recursos literarios. El reto es mayor. Siempre se ha afirmado que la Historia, entre otras cosas, es un género literario. El planteamiento posmoderno, sin embargo, alcanza a afirmar que no hay distinción alguna sustancial entre la Historia y otros géneros literarios, incluyendo la poesía, el cuento y la novela. Aunque eventos reales y ficticios son muy distintos, la narración de ellos no lo es. La Historia, y a *fortiori* la Historia Social, sólo se diferenciaría de las obras de ficción en la intencionalidad del autor, en el juego mediante el cual el historiador pretende que él no ha intervenido en la selección, ordenamiento y exposición de los datos.



El historiador, al igual que el autor de novelas realistas, crea un narrador que pretende estar enterado de los que sus personas piensan, deciden y hacen, cuando en realidad no hace otra cosa que proyectar en la vida de sus protagonistas un orden, una racionalidad y una direccionalidad parecida a la de los dramaturgos clásicos. Para el observador posmoderno, cuando un historiador habla de conciencia de clase, de intereses de clases, de lucha de clases, ¿qué ha hecho sino proyectar en el pasado, bajo un manto de cientificidad, un orden y una racionalidad preprogramados?

La pretensión de objetividad y el empaque científico serían en todo caso parte de las convenciones del género literario Historia, análogos al alarde de verosimilitud de muchos narradores de ficción. Pero el historiador igualmente pudiera echar mano de otros recursos literarios, como la multiplicidad de voces narrativas, la narración no lineal, y el desenlace ambiguo. Lo que mediría la efectividad de su uso sería la recepción de los lectores, no necesariamente la aprobación de la academia.

La insistencia en la afinidad entre la Historia y la ficción no es pues meramente remachar las limitaciones de los instrumentos críticos para evaluar la veracidad de los testimonios, sino más bien sospechar de las prácticas del historiador como redactor.

Algunas personas piensan que la Historia como tal, incluyendo la Historia Social, ha llegado a un punto donde no hay regreso posible a las prácticas del pasado. Más que detenerme en las críticas a la disciplina, sin embargo, quisiera abordar las posibilidades para el desarrollo de nuestra disciplina después de la censura ocasionada por los planteamientos de sus recientes críticos.



Especialmente desearía detenerme en el asunto de la formación de los historiadores de la próxima generación. Las generaciones académicas precedentes fueron formadas rigurosamente en la heurística, la autenticación de las fuentes, el cotejo riguroso de la veracidad de los testimonios obtenidos de las fuentes, y el análisis cualitativo y cuantitativo de los datos obtenidos. Esa formación implicaba un conocimiento crítico de los principales modelos teóricos y una cierta familiaridad con la historiografía vinculada a los problemas estudiados.

Sin embargo, esta formación profesional tendía a descuidar la redacción historiográfica. El estudiante hacía enormes esfuerzos en la investigación y el análisis, y luego se topaba con la página en blanco, la tesis inacabada, o en el mejor de los casos, el implacable lápiz corrector de su mentor. El mentor cuestionaba la fiabilidad de los datos, los resultados de los análisis, la viabilidad de la síntesis, pero se entendía que lo que concernía a problemas de la redacción se reducía a errores de sintaxis o de grafía que un amigo en literatura podía ayudar a subsanar.

Nadie le decía al historiador novato que cuando empezara a escribir tenía que instituir una voz narrativa. A lo sumo le decían que no escribiera en primera persona, pero superado ese solecismo, se entendía que iba a escribir en un tono apropiadamente científico, rebosante de objetividad. Eso de voz narrativa, omnisciente, ingenua o parcialmente enterada de la materia, era para autores de novelas. Mucho menos le decían al nuevo historiador que estableciera su auditorio, que planeara sus estrategias narrativas, que controlara sus metáforas y sus sinécdoques, que estuviera consciente de las personificaciones y que fuera cuidadoso con los recursos de énfasis.



Yo creo que todo esto debe entrar en la formación de los nuevos historiadores. Entablar el diálogo con la crítica literaria, y con lo que han venido a ser las disciplinas afines del Psicoanálisis, la Antropología y la Semiótica debe comenzar desde la formación universitaria profesional. Esto no implica descartar el viejo instrumental metodológico, sino fortalecerlo.

Bendita hibridez

En la insistencia en conocer las nuevas disciplinas afines se plantea ya otro reto de la Historia Social contemporánea: la hibridez. Realmente no se trata de descubrir que los historiadores, para poder exponer seriamente, debemos conocer algo de las disciplinas que iluminan la Economía, las relaciones sociales o las mentalidades del pasado; eso lo sabíamos ya. Un historiador tradicional, en el curso de sus investigaciones, acababa siempre empapándose de las complejidades de la estrategia militar, los protocolos de la diplomacia, los códigos de leyes o la asimetría de las discusiones teológicas. Por hibridez se entiende más bien hoy día la noción de que ninguna de estas u otras disciplinas es autónoma, químicamente pura, impermeable a discusiones, pasiones o preconcepciones en su entorno.

La distinción entre disciplinas, se arguye, fue un ejercicio racional de la Ilustración para liberar ciertas prácticas intelectuales de los afanes de supervisión y manipulación por parte de profesionales de las leyes, la Filosofía o la Teología. En la práctica, las convenciones que rigen en la delimitación de las disciplinas académicas son ya anacrónicas. No le pedimos a un químico que le deje a los físicos la discusión de los elementos



del átomo, ni a un biólogo que se detenga en la raya entre la vida y las múltiples combinaciones carbónicas. El estudioso hoy sabe que el Concilio de Trento no proveyó textos sólo para la Teología, sino también para la Historia Cultural.

La conciencia de la hibridez de los saberes profesionales tiene implicaciones para la Historia Social. Las categorías con que se ha procurado encajonar los distintos sectores de la sociedad estaban derivadas de modelos teóricos apodícticos que tenían poca afinidad para las discusiones de género y las vigencias de imaginarios colectivos. Pero si esas clasificaciones tradicionales se descartan, ¿cómo podemos hablar de gente en conjunto? Si entendemos que los movimientos sociales obedecen a coyunturas históricas particulares, ¿cómo podremos historiar los Comuneros de Castilla en el siglo XVI, los revolucionarios franceses del XVIII o los gavilleros dominicanos de principios del siglo XX? Al admitir la hibridez de nuestros instrumentales teóricos, la ambigüedad de nuestras clasificaciones y la provisionalidad de nuestros juicios, ¿no estaremos renunciando a la empresa historiográfica?

La hibridez también se manifiesta en la elaboración de los textos que redactamos, apoyándose unos en hallazgos lingüísticos, otros en discusiones semióticas o en analogías antropológicas. Pero sobre todo la hibridez se halla en los lectores que constituimos al escribir, con una pluralidad de trasfondos y habilidades, con resonancias muy distintas y agendas disimilares. Ya ningún crítico literario de vanguardia pretende que un público lector homogéneo existe, y si insistimos en fabricar uno al redactar, estaremos condenados a ser recibidos en algún *ghetto* cultural o a ser leídos de maneras contradictorias o alucinantes.



Todas estas consideraciones, en su conjunto, nos llevan a reiterar su importancia en la formación de los nuevos historiadores, quienes deberán asumir las dimensiones del reto de la hibridez e ingeniar modos de escribir Historia que le haga justicia a sus complejidades.

Los sujetos de la nueva Historia Social: los márgenes al centro

La Historia Social siempre ha subvertido los relatos establecidos- primero con la Historia Social descriptiva del pasado, que hacía contingente el presente, luego con la Historia Social de corte marxista, que desestabilizaba los relatos recibidos de como se había llegado a las jerarquías sociales presentes, y ahora con los relatos que privilegian los márgenes.

Creo que todos somos demasiado jóvenes para recordar aquella Historia Social que se preocupaba de como vestían nuestros antepasados. Era una Historia Social ejemplarizante, que las más de las veces procuraba expresar insatisfacción con el presente alabando las costumbres y los valores del pasado. Homogenizaba a sus sujetos, pero más que todo, pretendía que su audiencia compartiese la misma estima por un pasado idealizado.

Luego vino la Historia Social de corte militante. Esa Historia Social que heredamos de las generaciones inmediatamente anteriores privilegió a los sectores dominantes y a los trabajadores. El engranaje productivo de una sociedad era tan importante para el historiador social que no podía detenerse a considerar elementos que no fueran parte de las relaciones productivas. Como el trabajo no asalariado de las mujeres no era valorado en ese esquema conceptual, un enorme sector



de la sociedad escapaba a la indagación. Lo mismo ocurría con los niños y los ancianos que eran sólo supernumerarios en el ejército laboral. Huelga decir que los minusválidos, los desempleados, los transgresores, los que no eran considerados como productores de riqueza eran consignados a la masa, al famoso *lumpen*, que sólo adquiría importancia cuando era movilizado como reserva laboral.

La centralidad de los márgenes en la nueva Historia Social no es, como algunos creen, una manera perversa de echar abajo la labor de los grandes gigantes desde Jean Jaurés hasta Albert Soboul; desde Beatrice Webb a E.P. Thompson; desde Eric Williams hasta Manuel Moreno Fragnals. Esas moles no se erosionan tan fácilmente. Más bien, hacer historia desde los márgenes es en primer lugar afirmar la pluralidad de posibilidades de una Historia que no necesariamente necesita ser contada desde los ejes protagónicos para dar cuenta de las complejidades, contradicciones y reflujos de los procesos sociales. Muchas veces pasamos por alto el costo social del cambio institucional cuando desdeñamos analizar lo que pasa en el vecindario desplazado, los operarios declarados redundantes, los guardianes de saberes rebasados. Más aún, no calculamos el peso de las resistencias en la Historia cuando hacemos caso omiso de los márgenes.

Pero escribir desde los márgenes no es solamente reconocer el peso que estos sectores sociales han tenido en el pasado, sino también desestabilizar la pretensión de que sólo cuentan los poderosos y bien pensantes. Al negarles el protagonismo habitual, le estamos diciendo a los que se piensan grandes que sus quimeras, ambiciones y suspicacias siempre serán relativas, nunca absolutas. Prolongar en nuestros escritos la hegemonía de los caciques de la Economía y de la cultura es extender su



poder en los imaginarios de los estudiantes y los estudiosos. En el Caribe los historiadores no podemos ser cómplices de los cronistas sociales que reseñan bodas y agasajos, ni de los publicistas que ingenian campañas electorales para políticos mañosos.

Conclusión: Necesidad de nuevas síntesis interpretativas de la Historia Social caribeña

Al presente carecemos de una Historia Social que abarque a todo el Caribe insular de una manera comparativa, y que en vez de enfocar las turbias negociaciones de las potencias metropolitanas haga de las poblaciones caribeñas el centro mismo de su exposición. Creo que en distintas épocas las economías caribeñas han jugado papeles complementarios que no siempre se han resaltado. Tampoco se ha considerado comparativamente el trasiego constante de las poblaciones insulares, las analogías en sus coyunturas históricas, la variedad, la riqueza y la hibridez de sus expresiones culturales, y el papel importante que han jugado en ellas los movimientos religiosos y los imaginarios colectivos.

Este es un buen momento de emprender tal esfuerzo, pues están a la mano los muchos estudios en profundidad que han hecho los historiadores de las distintas islas. En un momento que nuevas formas de hegemonía se ejercen sobre nuestras islas, es oportuno resaltar que para lo que otro es el margen de sus imperios, para nosotros es el centro de nuestros afanes. Que el instrumental teórico y metodológico que la Historia Social ha desarrollado en nuestra época sirva en manos de los historiadores del Caribe para acentuar nuestra historia común.

